

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

ADMINISTRACIÓN ECHEGARAY, 34.

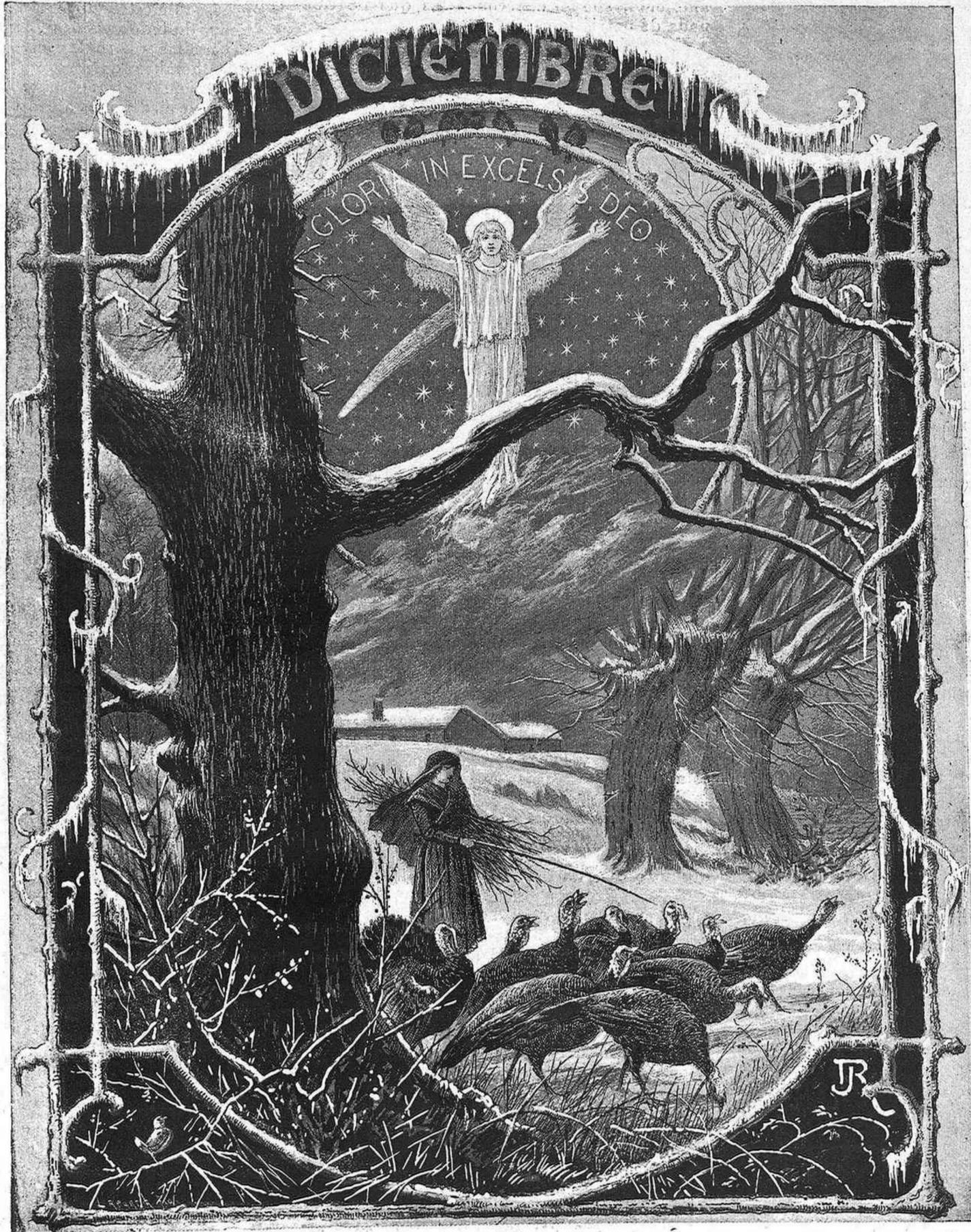
FUNDADOR

D. Arturo Zancada y Conchillos

DIRETOR: D. RIARDO VINUEFA

AÑO XXI.—NÚM. 32

19 DE DICIEMBRE DE 1900



ALEGORÍA DEL MES DE DICIEMBRE

SUMARIO

GRABADOS.—Alegoría del mes de Diciembre.—Cuadros de invierno.—Moliendo café.—¡Pum!—El encanto del abuelo.—El nacimiento del Mesías.—Un modelo rebelde.—Guardias de la Comandancia de Lugo.

TEXTO.—Crónica, por Daniel Collado.—La enseñanza de los Príncipes, por el doctor graduado D. José de Villafranca.—El Niño de Dios, por Mariano Marzal y Mestre.—El pregón de su gloria, por Juan José López-Serrano.—La reja, por Eduardo Tejerina.—En la vega (novela), por José de Laugí.—Estudios teatrales, por Práxedes Zancada.—¡El 5.000 pelado! por E. Peláez Maspons.—Menudencias, por Vinagrillo.—Teatros, por Luis de la Villa.—Pasatiempos, por Casiopea.—Reclamos y anuncios.



Imprudente y peligroso es hablar tanto de extranjeros codiciosos. España sufre pesadillas, en las cuales sueña que la despojan, que la mutilan y amputan horrorosamente. Esto es absurdo, es pueril y revela un decaimiento de espíritu y una pobreza de vitalidad que, sin correctivo enérgico, nos llevaría a la muerte.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

Con verdadera complacencia, y considerándonos muy honrados, copiamos los anteriores párrafos, pues ellos nos demuestran que hay espíritus superiores que coinciden con nosotros en la manera de ver y apreciar el actual estado psicológico de nuestra patria.

No cabe negarlo, porque la evidencia no debe negarse: una parte de la sociedad española, en cuya composición entran los escépticos, los cobardes y los egoístas, mantiene en alarma constante a la opinión, pues, á semejanza del pastor de la fábula, nos anuncia diariamente la venida del lobo.

Desde la pérdida de nuestras colonias, despojo que toleró Europa por causas que diremos después, y, sobre todo, desde que Inglaterra puso el pie en las Repúblicas sudafricanas sin que las grandes potencias hayan tratado de impedirlo, el fantasma inglés turba el sueño de un gran número de ciudadanos españoles, que dan por hecho la aparición de una escuadra inglesa en aguas del Manzanares el día que á Mr. Chamberlain se le antoje ordenarlo.

Peligroso es el optimismo, que convierte las montañas en granos de arena y los ríos de corriente impetuosa en mansos arroyuelos; pero, ¿qué ventajas reporta el miedo, ni qué problemas nacionales ha resuelto nunca?

Viene Krüger á Europa, se niegan á recibirle los Emperadores de Rusia y Alemania, y exclaman los alarmistas: —Ya lo véis, los Estados débiles han sido condenados á muerte por el solo hecho de ser pequeños, y la sentencia se cumplirá sin que nadie trate de impedirlo. Preparémonos á bien morir, porque también nosotros estamos sentenciados.

Llega una escuadra inglesa á Portugal; reunidos en fraternal banquete, brindan el Rey y el Almirante por la buena amistad de los Estados que, respectivamente, el uno rige y el otro representa, y cunde la alarma en nuestro país, pues no falta quien haya considerado ese acto como un juicio público donde se ha ratificado nuestra sentencia.

Un inglés ofrece á un español ocho millones de pesetas por una isla de dudosa importancia estratégica, y el clamoreo de los alarmistas llega á hacerse insoportable.

Pudiéramos citar otros muchos ejemplos; pero, ¿á qué proseguir? Basta con lo expuesto para que, haciendo nuestras las palabras del insigne Galdós, pidamos un correctivo enérgico para los hombres que con sus diarias lamentaciones ocasionan á la patria males incalculables.

Sin embargo, no era para nadie un secreto la

amistad que une á Portugal con Inglaterra, porque esas relaciones datan de fecha muy remota; no ignoraba aquí nadie que el reino vecino es un menor sobre el cual ejerce la Gran Bretaña una tutela poco envidiable.

¿Quiere decir esto que deba tenernos sin cuidado esa amistad, esa inteligencia ó esa alianza?

Nos debe preocupar muy seriamente; pero es necesario que esa preocupación se traduzca en hechos, es indispensable que tengamos memoria y que no olvidemos mañana lo que hemos visto hoy.

Con nuestra femenil vocinglería sólo conseguiremos ponernos en ridículo y alentar á nuestros enemigos.

Urge, por lo tanto, que se concierten los hombres de buena voluntad, no sólo para evitar esos lamentables espectáculos, sino para emprender una campaña enérgica, despiadada, contra aquellos que, bien por flaqueza de ánimo ó bien por ambición, simpatizan con ideas que no tienen nada de patrióticas.

Es también indispensable que nuestros hombres de gobierno, examinando desde el punto de vista de la realidad la actual situación política, no sólo de Europa, sino del mundo entero, mediten acerca de la conveniencia ó de la necesidad de sacar á España del peligroso aislamiento en que se encuentra, pues no es posible que nadie desconozca que á ese aislamiento suicida hemos debido nuestras recientes catástrofes.

En resumen, y para dar por terminado este asunto, porque no queremos caer en el vicio que nos hemos propuesto censurar: aplaudiremos sin reservas á todo el que, serenamente, muestre á la patria los peligros que puedan amenazarla; prestaremos nuestro modesto concurso á cuantos expongan los medios conducentes á evitarlos, y condenaremos con toda la energía que nuestra fe y nuestro patriotismo nos infunden á los que, en vez de excitar á nuestro pueblo á la confianza y á la unión, se dediquen á debilitarle y á desunirle.

* * *

En el transcurso de pocos días hemos tenido que lamentar dos catástrofes ferroviarias.

De ambas han resultado víctimas, pero la opinión empieza á desconfiar de que parezcan los verdaderos culpables y se les exija la responsabilidad consiguiente.

En el choque ocurrido en la línea de la sierra de Córdoba aparece como único responsable un jefe de estación que, ganando once reales diarios, tiene las siguientes obligaciones: dar salida y entrada á 22 trenes, transmitir y recibir unos cien telegramas, facturar las mercancías que salen y descargar las que entran, llevar la contabilidad y hacer un número incontable de estados.

Pues bien, para todos estos trabajos sólo cuenta con el auxilio de un guarda-agujas.

¿Tiene algo de extraño que esos hombres cometan faltas ó tengan descuidos, que en modo alguno se les deben imputar?

En casi todas las líneas férreas de España ocurre algo parecido.

Esto en cuanto á los empleados; respecto al estado del material y al de las vías, habría no poco que decir.

De esperar es por lo tanto que, así el Gobierno y el Parlamento como la prensa, no dejen de la mano asunto tan importantísimo, pues de que las empresas de ferrocarriles cumplan ó no su deber, depende la tranquilidad de un número infinito de personas.

Las Compañías ferroviarias deben tratar á sus empleados con la consideración á que todo ser humano tiene derecho, dándoles un prudencial descanso y un sueldo con que puedan cubrir sus más apremiantes necesidades, ya que se trata de hombres que no disponen de una hora de libertad, pues el personal de las estaciones, sobre todo, hace servicio permanente.

Si nuestra modesta excitación puede servir de algo, nosotros nos dirigimos al Sr. Sánchez de

Toca para rogarle haga cumplir con su deber á esas Compañías que en tan poco suelen tener la seguridad de los viajeros y los desvelos y sacrificios de sus empleados.

* * *

Quando hace poco tiempo se reunieron las eminencias médicas españolas residentes en Madrid para rendir al ilustre Cajal un tributo de admiración, nos congratulábamos al acariciar la esperanza de que se repitiesen con frecuencia esos actos, que si tienen mucho de justos, no tienen menos de confortantes.

Días de gloria, días nacionales son esos en que se festeja á los hombres de valía, infundiéndoles aliento y fe para elevar con su genio el nombre de la patria.

Las fiestas que á la ciencia ó al arte se dedican, tienen una inapreciable virtud: la de ser neutrales, y valga la palabra, la de ser espontáneas, la de estar por encima de toda pasión política y de todo interés de partido.

En ellas sólo se deja oír la voz de la concordia, y los hombres de ideas más opuestas fraternizan apareciendo grandes ante los demás pueblos.

Dos espectáculos de esta naturaleza han tenido lugar en Madrid hace pocos días.

Varios amigos y admiradores del maestro Pérez Galdós y del genial novelista Sr. Blasco Ibáñez, se reunieron en el café Inglés y en los Jardines del Buen Retiro, respectivamente, para celebrar los triunfos artísticos obtenidos recientemente por ambos literatos.

Del maestro Galdós, del que ha descrito en sus Episodios casi un siglo de vida nacional, nada hemos de decir, porque nada significarían nuestros modestos juicios comparados con la grandeza de su nombre.

Pérez Galdós está ya fuera de toda discusión y de toda crítica, porque á semejanza del gran Echegaray ha entrado en vida en las páginas de la historia.

De Blasco Ibáñez, del campeón que con tales bríos se presenta en el palenque de la novela, sólo elogios entusiastas podemos consignar.

Alma apasionada, temperamento artístico de primer orden, Vicente Blasco Ibáñez canta con entusiasmo el Arte y la Belleza.

Pero el novelista valenciano rara vez canta por cantar.

El autor de la *La Barraca* y *Entre naranjos*, es además de poeta un pensador que lucha por el derecho y por la justicia, y todo ideal grande, toda aspiración generosa, toda causa justa, encuentran en él un paladín entusiasta.

¡Ojalá abundaran en España los hombres de las ideas y energías de Vicente Blasco Ibáñez!

Quando hace Arte hace patria, porque con sus producciones despierta nuestro cerebro y hace latir nuestro corazón, infundiéndonos ideas grandes y sentimientos generosos, vida, en fin, y allí donde hay vida, la idea de la patria no se borra jamás.

Por algo exclamaba Blasco Ibáñez en los Jardines del Buen Retiro: El Arte nos salva, porque el Arte es lo que aquí sobrevive á todo, lo único que queda íntegro é inmaculado después de la catástrofe, hasta el punto de que sólo por el hecho de llevar ingénito en nuestra alma el sentimiento de la belleza, tenemos que ser, á pesar de nuestras adversidades, una raza superior. »

Daniel Collado.

CANTARES

Ayer me viste en la calle
y volviste la cabeza;
no sé si sería de odio
ó sería por vergüenza.

Hay un altar en mi pecho
y en el altar una imagen,
á la cual adoro tanto
que tiene celos mi madre.

La enseñanza de los Príncipes

LOS ESTUDIOS CIVILES

CARTAS PEDAGÓGICAS AL REY DE LOS PORCEIANOS

SEÑOR:

Mucho le preocupa á V. M. la educación intelectual de nuestros príncipes, sus muy amados hijos, y hace bien en darle vueltas al asunto, porque del carácter de dicha educación dependerá, desde luego, no sólo su porvenir, sino el de las naciones cuyos destinos rijan.

Me participa gozoso que ya ha resuelto el problema de su instrucción militar con experimentados y sabios profesores, lo que celebro muy de veras, porque ninguna luz podría darle en este punto; pero que, convencido de que los conocimientos de un soberano á la moderna no deben limitarse á los de un oficial ilustrado, sino abarcar cuantas materias interesan al buen gobierno de un país, desea conocer mi criterio sobre las ciencias, los métodos y los maestros precisos y hasta indispensables para la que podríamos llamar educación civil ó política y sociológica.

Grande es el honor con que V. M. me favorece al hacerme tan gravísima consulta, y sería mi deseo corresponder dignamente á tan inmerecida distinción, aunque lo limitado de mis facultades y la escasez de mis conocimientos no se hallen en armonía con la grandeza de miras y las bellas aspiraciones del más amado que temido de los Reyes.

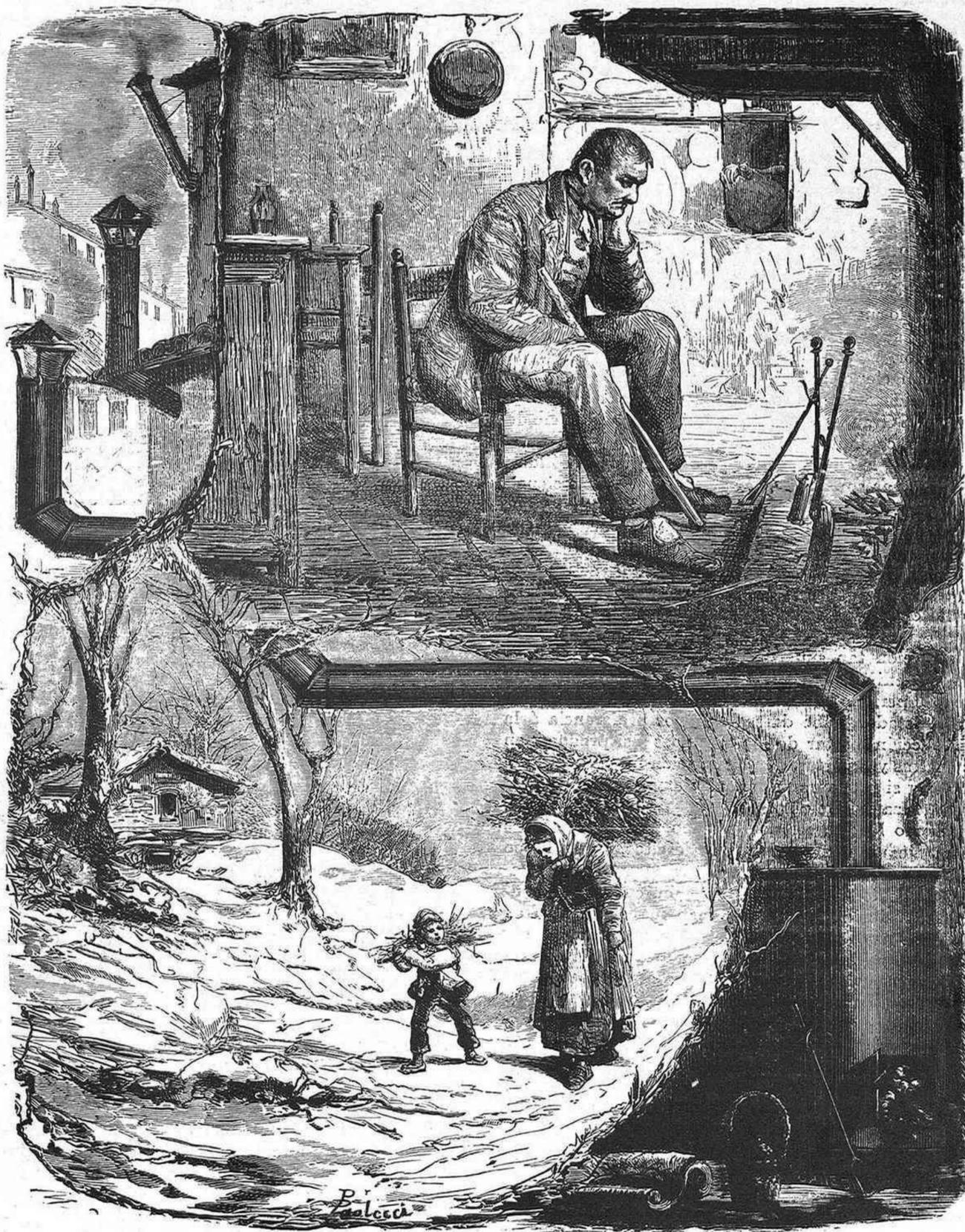
No obstante, procuraré devanarme los sesos hasta poder decirle algo que, aunque no corresponda á sus nobles propósitos, demuestre por lo menos mi voluntad de servirle. Y mientras logro hacerlo, puede ir viendo V. M. cómo se hallan las ciencias pedagógicas por lo que acerca de ellas dicen algunos hombres célebres, cuyos juicios y lamentaciones le transmito por vía de introducción ó prólogo.

«Me he arruinado (exclamaba Leopardi, en su mejor edad), con siete años de estudio loco y exageradísimo, en aquél primer tiempo en que me estaba formando y se debía consolidar mi complexión. Me he arruinado infelizmente y sin remedio. He reducido á un aspecto miserable y despreciable la forma de mi hombre, sacrificada en los altares del estudio, y ha sido porque la educación que recibí de mis maestros fué una traición completa de la fuerza contra la debilidad.»

Alejandro Humboldt se expresa de este modo: «Tenía yo diez y ocho años y no sabía nada; mis maestros poco ó nada bueno presagiaban de mí, pero si me hubiese educado con sus métodos, estaría verdaderamente perdido para siempre de cuerpo y de inteligencia.»

El Doctor Alonso observa que «al dejar el niño el regazo de su madre para pasar al dominio de los maestros, no siente gran disgusto en un principio porque la novedad de las cosas le divierte; pero al llegar á la segunda infancia, su atención, fijándose largamente en los mal buscados asuntos, comienza á fatigarse y concluye cansándose de tal modo que empeora su salud moral y física. Al empezar los estudios superiores se vuelven los jóvenes menos alegres y tienen menor viveza y movilidad; se tornan más excitables y tristes, se quejan de dolor de cabeza y la palidez sustituye al hermoso color de rosa de sus rostros».

Hablando de las pocas disposiciones que revelaba de niño Bismarck, supone un pedagogo que «las personalidades como el famoso canciller se ven frecuentemente distanciadas por alumnos menos inteligentes, á causa de que éstos concentran toda su fuerza en el estudio, mientras que aquéllos no se someten fácilmente á la disciplina escolar, prefiriendo soñar en el porvenir». Pero según otros, «obedece este fenómeno á que la ignorancia y la falta de capacidad de los maestros les hacen invertir los términos ó el orden de las materias que los discípulos pueden aprender, demandando al cerebro razonamientos y reflexiones en la edad en que sólo están despiertas la memoria y la imaginación y no cultivando otras facultades de estas últimas, cuando debiera empezar el proceso educativo de la inteligencia y la atención».



CUADROS DE INVIERNO

Selaesen hace estas francas declaraciones: «Se me eriza el cabello al recordar el método absurdo que mis primeros maestros empleaban. Nunca les ví preocuparse en explicar el sentido de las lecciones ni el carácter de las materias, objeto de la enseñanza. Las lecciones de gramática, como las de geografía, las de agricultura, las de religión y las de historia, las retenía yo en la memoria sin saber lo que decían ni lo que significaban, y las repetía con la inconsciencia del que sólo repite sonidos. Lo único que aprendí en mi primera infancia fué la aritmética, que llegué á dominar cuando aún no sabía leer. Los primeros signos que escribí, antes de hacer palotes, fueron los números arábigos. Pero mis conocimientos matemáticos no los adquirí de mis maestros oficiales, sino de los amigos ingenieros que visitaban mi casa, á quienes para distraerme, como podría hacerlo con un juego de chinchua, les hacía que me pusieran cuentas y me explicaran los casos en que tenía alguna duda.»

De este modo llegué á dominar desde la sencilla operación de la suma hasta los problemas más relativamente difíciles. Y cuando empecé los estudios de la segunda enseñanza, el año antes de cursar las matemáticas, era llamado á la clase por el profesor de

esta asignatura para que corrigiese á sus alumnos. Mas ¡oh desencanto! Al siguiente curso, cuando me correspondía cursarlas, cayó enfermo el catedrático y hubo de sustituirle un señor auxiliar que, en vez de hacer discurrir á los discípulos, nos obligaba á recitar, no sólo las palabras, sino hasta los ejemplos del libro que él tenía abierto sobre la mesa para que no nos separásemos del texto. Cuando me examiné obtuve buena nota, pero había perdido el hábito de discernir y olvidado todo lo que sabía antes de caer en las manos de aquel pobre hombre.

Mucho más que todos los maestros supo enseñarme mi abuelo materno, hombre de sólida ciencia y gran aficionado á la literatura. Durante los largos paseos que me hacía dar con él, en sustitución y á guisa de cuentos, me daba á conocer las obras de los clásicos, recitándome sus trabajos más famosos, y en vez de contestar con un seco *porque sí* á mis preguntas de niño curioso, procuraba satisfacerlas en el acto. Una noticia de la guerra le servía de pretexto para explicarme las causas y el desarrollo de ésta, y de paso un período de la historia; un hierro ennegrecido el fenómeno de la oxidación; un corcho que flotaba en el arroyo, la ley del peso específico de los cuerpos; y de este modo, insensible y verdaderamen-

te agradable para mí, aprendí muchas cosas que encontré familiares cuando, durante mi carrera, tuve que estudiarlas después.»

He transcrito las confesiones de estos hombres, porque si importante es la instrucción de los ciudadanos para el progreso y bienestar de los pueblos, mucho más importante es aún la educación intelectual de los príncipes; y si perjudicial es para aquéllos el método de la antigua pedagogía, lógico será que no se emplee en los unos lo que tan fatal resultado da en los otros; que sin abandonar el cultivo de la memoria se dedique preferente cuidado á la razón y que al enervante libro de texto y al trabajo aislado del discípulo sustituyan la observación directa, las explicaciones razonadas y el profundo estudio del sabio profesor.

Las naciones se desarrollan y llegan al apogeo de su grandeza por el propio impulso de los ciudadanos, como la Gran Bretaña, ó por la iniciativa del jefe del Estado, como el Japón.

Cuando la educación de los ciudadanos es sólida y en armonía con el carácter de la época, la conciencia social es la que impulsa al progreso. Pero cuando no es así, los pueblos se estancan, y sólo puede salvarlos el esfuerzo de su Soberano, necesitando éste, en ocasiones, tomar el carácter y hasta la actitud de dictador. Y para que este carácter y esta actitud no resulten contraproducentes, se hace preciso que, el que haya de ejercerlas, empiece por adquirir una instrucción tan superior y amplia como las circunstancias exijan.

Si el período histórico es esencialmente guerrero y conquistador, debe darse la mayor preferencia á la instrucción militar de los príncipes; si predominan las letras y las artes, á la instrucción literaria y artística; y si predominan los problemas jurídicos, á la enseñanza del Derecho.

Siendo los Reyes, por derecho propio, capitanes generales de sus respectivos Ejércitos, nunca debe descuidarse su ilustración militar, pero tampoco habrá de dedicársele toda la atención, cuando las condiciones de la vida la reclamen mayor para otras enseñanzas. De lo contrario, aunque llegase á ser el Rey el primer general del mundo, se vería reducido á la esclavitud intelectual y moral de interesados consejeros para todas aquellas cuestiones que no se relacionaran con los problemas de la guerra, que serían, casi siempre, las que menos tuviese que tratar en los modernos pueblos productores.

A L. R. P. D. V. M.

EL DOCTOR GRADUADO D. JOSÉ DE VILAFRANCA.

EL NIÑO DE DIOS

I

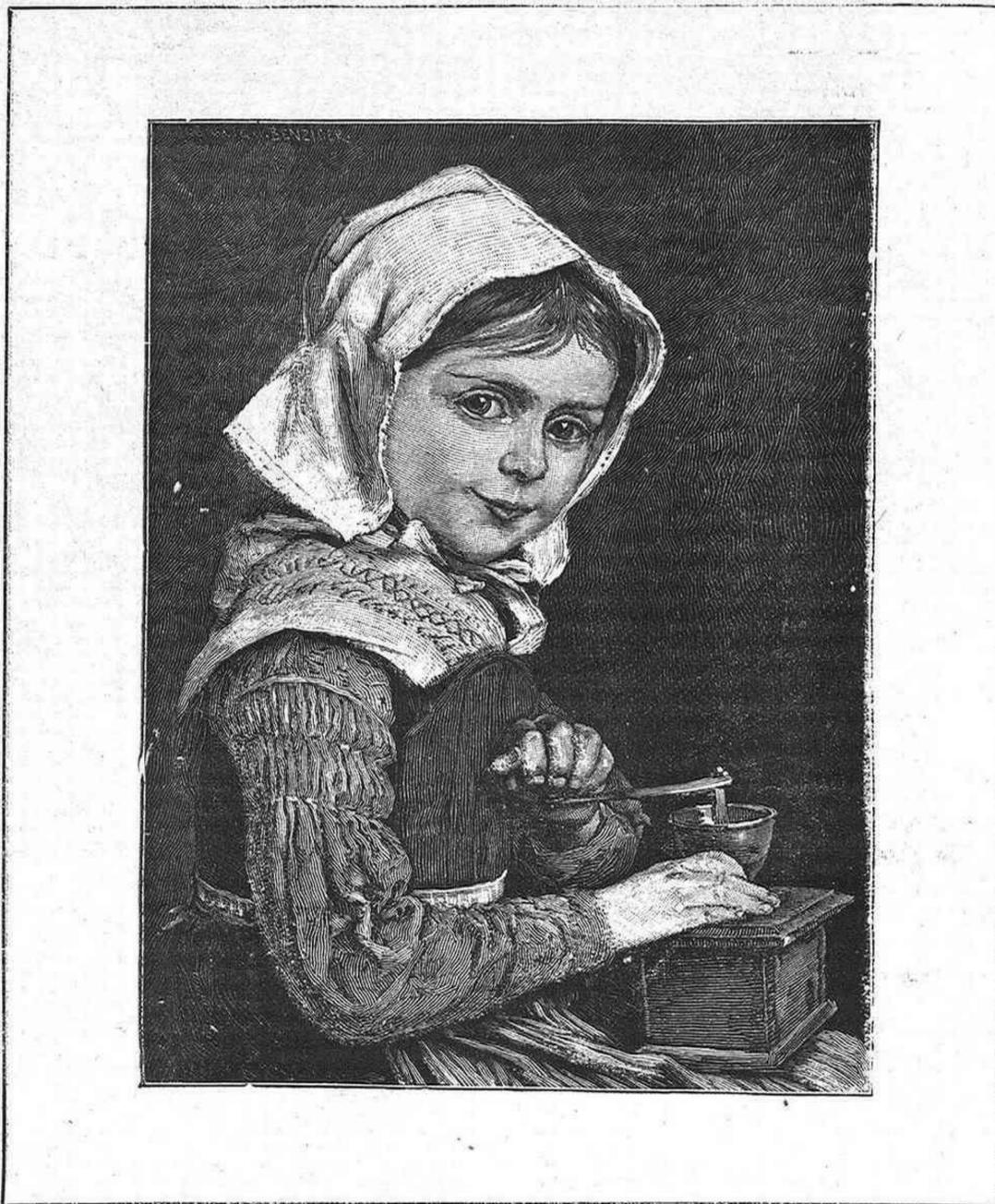
Era la noche del 24 de Diciembre de 1886. Valencia ofrecía el aspecto anormal y bullicioso que presentan en semejantes noches todas las poblaciones de la Cristiandad, aparte del peculiar con que cada una de ellas celebra tan fausto aniversario.

Los puestos de los mercados, así los fijos como los portátiles, en vez de haberse cerrado aquél día á la hora acostumbrada en los demás del año, permanecían abiertos toda la noche hasta las primeras horas del día 25, que se retiraban ó cerraban, no quedando ni uno sólo abierto después de las ocho de la mañana; infinidad de hogueras, ante las cuales bromeaban y gritaban los vendedores, iluminaban el extraño cuadro que ofrecían los mercados y plazuelas.

Los chiquillos, en nutridos grupos, iban y venían por las calles, produciendo un estruendo nada armónico, ni agradable, por lo tanto, con multitud de instrumentos de cuerda, de piel, de metal; las zambombas, chicharras, tambores, panderetas, hierros y triángulos, mezclaban sus diversas y discordantes notas con las enormes carracas (1) y con cencerros y latas de diferentes clases y dimensiones, formando todo un conjunto, que tenía más que de melodías celestes de algarabía infernal.

Pero con estas expansiones, algunas comilonas y

(1) La «carraca» en Valencia es el instrumento más clásico de Navidad.



MOLIENDO CAFÉ

no pocas borracheras, es como los cristianos solemnizamos uno de los mayores misterios de nuestra sacrosanta religión.

Las plazas del Cid, (vulgo *Redonda*) y calles inmediatas, el mercado y los *Porchets* casi se hallaban infranqueables por la multitud que se cruzaba en diversas direcciones; unos iban cargados de gallinas y pavos y otros de ristras de chorizos; quiénes abrumados con grandes cajas de mazapán, aquí una mujer llevaba una cesta llena de *coques fines*, allí paraba un mozo con una tabla atestada de *casca* de yema, de chocolate y de batatas, más allá veíanse caballeros detenidos ante los puestos de los *gijoneros*, que no podían dar abasto á las demandas; en otro lado estorbaban á la circulación los puestos de butifarras, blancos y salchichas; huíase de allí y se tropezaba con las *paradas* de nueces, avellanas, bellotas, higos secos y uvas y ciruelas pasas.

No ofrecían menos animación la plaza de Cajeros, las calles de la Sangre, San Vicente y San Fernando y otras afluentes á la gran plaza de San Francisco, llenas de tenderetes con mil juegos y chucherías y de barracones con mujeres gigantes, figuras de cera, panoramas, organillos y otros diversos *espectáculos*.

Igual aspecto presentaban las calles de Zaragoza y de Calabazas, ésta con sus tiendas de juguetes baratos y económicos, aquélla con sus grandes comercios y bazares de juguetes finos y caros; los bazares de *Jarisci*, *Giner* y *Molina* no podían contener los padres y niños que los invadían.

A la calle del *Mar* acudían los golosos de la alta sociedad valenciana, y las confiterías de *Laurence* y los hermanos *Burisel* despachaban cajas y más cajas, ramilletes y más ramilletes, y ni los dulces daban fin ni los parroquianos cesaban en sus pedidos.

La animación, pues, se extendía por toda la ciudad, desde la puerta de *Mar* á las de *Cuarte*, desde la

de la *Trinidad* á la de *Ruzafa*, desde las alameditas de *Serranos* hasta el barrio de *Pescadores*; y á este último es donde deseamos que nos acompañen nuestros lectores.

II

El barrio de *Pescadores* (en el cual no reside ningún pescador) era en aquella época el barrio más humilde y más miserable de Valencia; en él se albergaba, no sólo la gente más pobre, sino también la de peor vida; no teman mis lectores, que no pienso obligarles á entrar, ni aun siquiera con la imaginación, en ninguna guarida del vicio ó del crimen; al contrario (pues en todas partes hay excepciones), quiero hacerles conocer una modesta y honrada familia de artesanos; penetren, pues, conmigo en su reducida morada, sita en el piso bajo de una casa medio derruida.

La familia en cuestión se componía del señor *Vicente*, honrado é inteligente oficial de ebanista, á quien nunca faltaba trabajo; la *señá Quica*, esposa del ebanista; una hermana de aquél, medio baldada, y una tía de la *señá Quica*, anciana y casi ciega, y además seis niños del honrado matrimonio.

El más pequeño de los niños tenía tres años, los otros cinco eran mayores progresivamente de dos en dos años; de modo que *Vicenteta*, la niña mayor, había cumplido trece; once *Amparito*, la niña segunda, y nueve, siete y cinco, respectivamente, los demás, que eran varones. *Nelet*, que así se llamaba el pequeño, aún mamaba, no por necesidad, pues comía él solo más que todos juntos, sino por mimo y porque la *señá Quica*, acostumbrada á dejar siempre dar el pecho á uno para dárselo á otro, no se avenía, roto por vez primera el riguroso turno del nacimiento de sus hijos, á estar sin dar el seno á un fruto de sus entrañas.

Esta numerosa familia, aunque no de un modo desahogado, vivía sin grandes apuros, gracias, no-

sólo al trabajo del marido, sino al de la *señá Quica*, que era excelente encajera, á cuya labor se podía dedicar con frecuencia, pues, aunque bajo su dirección, el cuidado y aseo de la casa corría ya á cargo de *Vicenteta* y *Amparito*; la tía medio ciega y la hermana casi baldada hacían calceta, y aunque poco en verdad, algo ayudaban también.

El señor *Vicente* ocupaba sus noches en tomar lecciones á los cinco mayores; las dos niñas no asistían á la escuela por impedírsele sus quehaceres domésticos, pero sí los tres niños.

Como ven nuestros lectores, la familia del ebanista era una familia modelo, que con su trabajo y buen régimen conseguían, á pesar de componerse de diez individuos, llegar á fin de semana sin ahorros, pero sin deudas.

En la noche del 24 de Diciembre de 1886 la familia del ebanista celebraba también la *Nochebuena*, si no brillante, al menos alegremente.

Alrededor de un bien encendido brasero se hallaban las cuatro personas mayores.

Nelet, el niño de tres años, iba y venía por la estancia, arrastrando varias latas y haciendo él solo más ruido que los otros cinco, que cantaban y tocaban varios instrumentos delante de un pequeño *belén*, primorosamente hecho por el ebanista, é iluminado con seis velitas de colores colocadas en candeleros de plomo; algunas figuras de barro ordinario querían representar los principales personajes que figuran siempre en todo *Nacimiento*.

Vicenteta, la hija mayor, golpeaba graciosamente una pandereta; *Amparito* hacía sonar una zambomba; el niño mayor agitaba una colosal *carraca*, otra más pequeña el que le seguía, y el de cinco años redoblaba con todas sus fuerzas en el parche de un tambor.

Vicenteta, que era la directora de aquella *orquesta*, entonó con voz dulce y graciosa el siguiente villancico:

« Jesús ha venido al mundo,
y con ser del mundo rey,
tan sólo ha encontrado asilo
entre una mula y un buey. »

Y como estribillo replicaron en coro sus cuatro hermanitos, y creemos que también las personas mayores:

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad,
y el Niño de Dios nos viene
esta noche á visitar.

Concluido el coro, *Amparito* se adelantó hacia el nacimiento, y cantó á su vez:

Cuando Dios bajó á la tierra
huyó de pompa y poder,
queriendo nacer humilde
en un portal de Belén.

El coro repitió:

Esta noche, etc., etc.

La *señá Quica*, no queriendo ser menos que sus hijos, y con voz todavía fresca y entonación un tanto melancólica, cantó á su vez:

Esta noche es Nochebuena,
y en el portal hay un niño,
muy robusto y muy hermoso,
que está llorando de frío.

Iba á contestar el coro con el estribillo, pero la *señá Quica* exclamó de pronto, con voz fuerte, para poder dominar el tumulto:

— ¡Calláos!

Los niños, sorprendidos, pero acostumbrados á obedecer, callaron en seco.

— ¡Qué pasa?—preguntó la tía.

— Se me figura que he oído llorar á una criatura.

— Figuración tuya—observó el señor *Vicente*.—Algun gatito que maulla.

— No. ¡Si conoceré yo el llanto de un niño!—replicó con tal seguridad la *señá Quica*, que todos prestaron atención.

En efecto, se oían clara y distintamente los sonidos de una criatura.

— Es cierto; llora un niño—dijo la hermana del ebanista.

— Y es cerca—añadió el señor *Vicente*, levantándose y aproximándose á la puerta de la calle, pues hacia allí se oía el lloro del niño, que se oyó aún con más claridad.

El ebanista abrió la puerta, y fué á salir á la calle; pero en la acera, casi en el umbral, tropezó con un

bulto; se bajó y lo recogió, volviendo á entrar en la habitación, y cerrando *Amparito* la puerta, por no poder su padre hacerlo llevando ambas manos ocupadas con el extraño envoltorio, que depositó en las faldas de su esposa.

Envuelto en unos trapos, apareció un hermoso y robusto niño.

— ¡Pobrecillo! ¡Apenas tiene seis horas! ¡Y dejarlo así, abandonado, en una noche como ésta! ¡Qué madres!... *Vicenteta*, ve al cofre viejo de la alcoba, y saca pañales.

La niña obedeció; pocos momentos después, el recién nacido estaba liado en pobre, pero limpia envoltura.

— Muy bien—dijo el señor *Vicente*;—esta noche le cuidaremos, y mañana daremos parte, para que lo lleven á la cuna.

— ¡Vicente! ¡Tendrías valor?—replicó su esposa. —El niño se queda aquí con nosotros.

— Pero mujer, ya tenemos seis, y aún quieres...

— Uno ha faltado á su turno; será éste. ¡Qué bien he hecho en no quitar el pecho á *Nelet*! ¡No te parece providencial, Vicente?

— Sí; pero...

— ¡Quieres que abandonemos al niño que Dios nos envía esta noche?

— No; hágase como quieras; tal vez nos traiga la dicha.

— ¡La dicha! ¡No nos amamos? ¡No gozamos salud? ¡No tenemos pan, á Dios gracias! ¡Pues qué otra cosa podemos desear? Además, *Vicente*, al acoger á este niño abandonado no ha de ser por pensar que eso nos traerá dicha, sino para hacerle dichoso á él.

— Tienes razón; ¡eres una santa! ¡Bendito sea, pues, el nuevo hijo que Dios nos envía!...

Y un momento después, los niños repetían á coro:

Esta noche es Nochebuena
y mañana es Navidad,
y el niño de Dios nos viene
esta noche á visitar.

MARIANO MARZAL Y MESTRE.

El pregón de su gloria

(CUENTO IDEALISTA)

Érase que se era—y conste que va de cuento—un hermoso valle fertilizado por cierto río que, recorriéndole en estético culebreo, sirve de móvil espejo á los frondosos árboles que en su orilla crecen, y cuyas raíces son constantemente combatidas por la corriente. Limitando el valle, se alzan en sus extremos abruptas montañas que parece quieren aislar tan pintorescos lugares del resto del planeta.

En los opuestos lados del río, y cimentados en sus orillas, se alzan dos pueblecillos, tan enemigo el uno del otro, que constantemente ocurren inhumanas luchas entre los habitantes de las rivales aldeas cuando, por casualidad, se encuentran en alguna vereda, de regreso de sus agrícolas faenas, regando con sangre aquellos campos que parecen una idealista decoración del gran escenario de la Naturaleza.

Un día celebrábase la festividad del Santo Patrón de una de las aldeas, que los campesinos celebraron con una romería á la ermita que se elevaba en un picacho, como si quisiera proteger el valle desde la altura en que se asentaba.

En la explanada que había en frente de la ermita bailaban alegremente los romeros, al compás de la gaita y el tamboril. Mezclados en la fiesta, y formando un fraternal conjunto, se hallaban los vecinos de los dos pueblos rivales, como si hubiesen dado olvido á sus odios y rencillas. Alguien tuvo la diabólica idea de recordarlos, y, cuando menos podía esperarse, comenzó una encarnizada lucha entre los mozos de los opuestos bandos, mientras que los ancianos y las garridas doncellas de aquellos campos corrían presurosos á refugiarse en sus hogares.

La noche puso fin á tal contienda. Cuando el sol se ocultaba tras los breñales de las montañas, matizando la campiña de rosáceos tintes, y cuando las nubes se extendieron por los picachos en for-

ma de caprichosas colgaduras, los dos bandos enemigos abandonaron el lugar de la pelea, cantando los vencedores, y tristes, silenciosos y doloridos los que vencidos fueron...

Al siguiente día, un pobre ciego, vecino del derrotado pueblo, famoso en todos los caseríos por su facilidad en inventar coplas, daba al aire, en alusivas canciones, la supuesta victoria de sus convecinos.

En una vereda que limita dos plantíos de mazaes encontróse al copletero ciego un forzado mozo del bando vencedor. Al oír cómo desfiguraba los hechos el pobre desgraciado, y no queriendo demostrarle con violentas argucias el error en que se encontraba, le preguntó de un modo cariñoso:

— ¿Cómo siendo vosotros los vencidos os pregonáis vencedores?

— Cosa muy natural—respondió el ciego,—pues yo canto lo que me conviene, y á fuerza de repetirlo, muchos llegan á creer que fué verdad lo que yo relato; además de que las victorias de tu bando toca cantarlas á los ciegos de tu pueblo. . . .

Muchos hay que, cegados por su orgullo, juzgan méritos propios lo que sólo es debido al esfuerzo de otros, y así llegan á alcanzar fama y gloria, merced á su descarado mentir.

JUAN JOSÉ LÓPEZ-SERRANO.

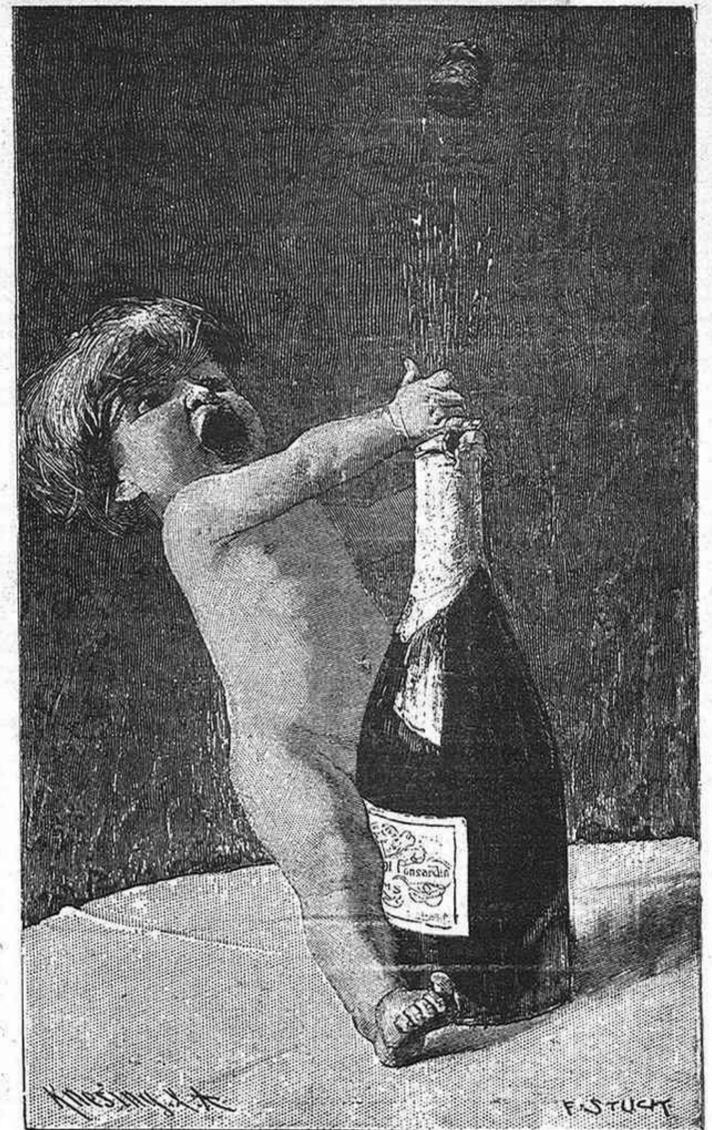
LA REJA

Al pie mismo de gótica reja por un verde dosel coronada, guarnecida de tientos de rosas, de gardenias, geráneos y albahacas; allí donde el amor y el perfume, su existencia enlazados la pasan, en las noches serenas se escuchan los preludios de copla serrana.

Con anhelo el amante rasguea, esperando que salga su amada, y es la reja, de amores espejo, que el placer y la dicha retrata.

Contemplando tan tiernos idilios y escuchando sus dulces palabras, la tristeza se aleja del pecho y de gozo suspiran las almas.

EDUARDO TEJERINA.



! PUM



EL ENCANTO DEL ABUELO



EL NACIMIENTO DEL MESÍAS

EN LA VEGA

NOVELA DE COSTUMBRES GRANADINAS

POR

JOSE DE LAUGI

I

ANTECEDENTES

Confieso francamente que tuve un disgusto cuando mi madre, llamándome aparte, me comunicó sus decisiones. ¡Abandonar mi tierra! ¡dejar quizás para siempre sus montañas eternamente verdes, sus valles siempre pintorescos, su mar bravo ó tranquilo, tan pronto en tempestad como en bonanza! ¡Y con todo esto, mis únicos amigos, mis afecciones, mi familia!

Desde la muerte de mi padre, acaecida tres años antes, no había experimentado semejante angustia. Aquella repentina ausencia de Castro, mi pueblo natal, me parecía una de esas cuestiones tan engorrosas y tristes que sólo se meditan cuando se vienen encima. Imposible me fué por largos momentos amenguar el efecto producido; á pesar de mi voluntad, me presentaba el corazón todos sus cariños, y así como después de muerto mi padre, gozaba recordando sus bondades, así al pensar en alejarme de la tierra me enternecía, viendo aquellas calles y plazas, el puerto, los paseos, todo cuanto quería, y que pronto, muy pronto dejaría de ver. Aquellos pensamientos me atormentaban con tal fuerza, que aún recuerdo, como si hoy mismo me pasara, ¡enjugar avergonzado unos lagrimones como garbanzos, que se me escapaban á pesar de mis veintidós años cumplidos!

Eramos cinco hermanos: tres varones, y yo el mayor de todos. Mimados con exceso por mi pobre madre, era nuestra voluntad reina y señora de la casa; allí el coro de nuestras voces era el acompañamiento del astro sol, puesto que desde que asomaba su esfera por encima del Coto, hasta que se hundía allá en el mar, hacia Urdiales, no se oía en mi casa más que el continuo gritar de mis hermanos y el eterno batallar de mi madre. Todo enmudecía cuando la luz solar se fugaba; entonces mi madre arropaba á los más pequeños, regañaba amorosamente á los mayorcitos, y ella y yo nos quedábamos hasta más tarde, las diez próximamente, charlando como dos jefes de familia.

Mi padre dejó poca fortuna, tan poca, que solo bastaba á nuestras necesidades, y gracias á la habilidad de mi madre lográbamos vivir con un lujo relativo, guardando la fama del indiano que regresó rico de América. Allá fué mi padre cuando era joven; allí, batallando con el clima y la gente, arrancó á la tierra los ricos frutos que aquí soñamos, y trabajando en lo que se podía, logró reunir algún dinero con que volver á España; se casó al poco tiempo, y sus muchos hijos y algunos negocios no muy afortunados, fueron mermando considerablemente su hacienda de ricacho.

Cumplí veintidós años haciendo la mejor vida imaginable, entretenido en pescar algunas tardes, en salir otras de paseo por el mar y en hacer excursiones, tan pronto á las alturas de Cerredo, como al valle de Sámano, como á los mil puntos pintorescos que aquellos alrededores ofrecen. Cuando llovía, nuestro recurso era la Correría; allí enamorando modistillas y pensando en pescas y escapatorias, ó bien preparando todo para la próxima romería, haciendo cálculos sobre el tiempo, pensando en la música municipal que probablemente iría, comprometiéndome á las lindas muchachas para ser su compañero de tarde, para bailar y merendar juntos, rezar una salve en la iglesia del pueblo romero; y después, ya oscurecido, regresar tranquilos y contentos cantando á voz en cuello la canción del minero, ó los aires de *Marina* ó el himno de Espartero, con letra alusiva al acto.

Y así se deslizaba tranquilamente mi vida; mi porvenir estaba en Castro. ¿En qué? No lo sabía; pero ni mi madre ni yo pensábamos nunca que me pudiera alejar de aquella casa donde todos vivíamos juntos, y donde cada cual, llevando un poco de alegría juvenil, endulzábamos la vejez de mi madre, que ya empezaba á denunciarse con mal ocultas canas.

Pero como las cosas cambian y de cuando en cuando parece que Dios sopla en el mundo para alterar el orden de las cosas por nosotros creado, una carta malhadada de un tío mío, que después de volver de América se había establecido en Granada, vino á turbar mi vida invitándome á marchar con él. Era hermano de mi padre, soltero, ya bastante viejo y de capital acrecentado por sus buenos negocios. Vivía en Granada desde hacía tiempo, y no pudiendo volver á Castro, á causa de sus ocupaciones y viéndo-

se completamente solo, pensó en sus sobrinos, escogiéndome á mí que, por mi edad, parecía el más propicio á sus deseos.

Con gran dolor me enseñó mi madre la carta. Yo no pude concluir de leerla porque al final lloraba como un becerrete; en el instante comprendí lo que me esperaba, pero ¿qué hacía yo en Castro? ¿Es que iba á pasar así la vida? Aquella carta me mostraba un porvenir risueño; solo con mi tío, heredaría su riqueza; quizás pudiera auxiliar á mi madre y hermanos; quizás con el tiempo fuera su segundo padre, y ante la idea de servir de algo, sentí un arranque de hombre, absorbí como por misterio aquellas lágrimas rebeldes, y contesté categóricamente á mi madre que, puesto que aquél era mi porvenir, lo aceptaba resignado.

Mi padre, de carácter resuelto y vehemente, no podía sufrir las vacilaciones.

Recordaba yo una tarde que, pescando en barca con aparejo, por torpeza mía, subiendo despacio la presa, logró escaparse cuando reclinado en la borda me disponía á cogerla, y fué tal el coraje de mi padre, que de un pescozón salí expulsado de la barca como si me mandase seguir al pez hasta el fondo del abismo. Después él mismo me cogió suavemente, y dejándome como una pluma sobre la barca, me dijo tan sereno:

—Procura otra vez hacer las cosas más deprisa.

Heredado el carácter, pues la voz popular así lo aseguraba, no vacilé mucho ante la carta, y ahogando mi pena contesté á mi madre aceptando la invitación. Partiría de Castro, trataría de ser útil á mi tío, escribiría con frecuencia á todos, y aquella riqueza de mi señor pariente que, dicho sea de paso, hasta entonces ni se había acordado de que existíamos, vendría á parar á nosotros.

Quedó convenido en que haría el viaje por mar, saliendo de Bilbao en un vapor costero para desembarcar en Málaga y allí tomar el tren hasta Granada, donde me esperaría mi tío, que por lo visto vivía en plena vega, algo distante de la capital.

No es posible, ni trato de describir, lo que en los días que precedieron á mi marcha sufrí y pené con tanta despedida; tanto sufría al decirle adiós á mis parientes y amigos, como al decirse á aquellos lugares que reconcentraban toda mi vida, aquel Brazomar donde tanto había bailoteado, Mioño, Otáñez, Guriezo, y sitios como la Barrera, que iluminaban en el verano con farolillos á la veneciana; la Correría, la calle del Mar, el nuevo puerto, que comenzaba á avanzar mar adentro; el mirador de Santana, que parecía defendernos del mar embravecido, y Santa María, que se me antojaba la reina de Castro dominando toda la villa, sería como sus hijos, fuerte como nuestras almas y guardadora de mil recuerdos de otros que fueron jóvenes y también marcharon sin vacilar á América, de tantos como rezaron bajo sus bóvedas, de tantas plegarias y deseos como recogió en su seno, vigía de Castro, respetable por su edad y grandiosa por su belleza.

Como todo llega, llegó una mañana en que nos levantamos en casa muy temprano. La noche antes todo había sido preparar mi baulillo; nada olvidaba mi madre; todo al ponerlo allí tenía un objeto que me explicaba cariñosamente, sin duda sospechando mucho de mi inexperiencia. En aquél baul forrado de piel de vaca sin curtir apenas, debió de meter mi madre más que la ropa, porque al ir á abrirlo luego más tarde, ya en el vapor, algo debió de salir que fué directo al corazón, nublando de lágrimas mis ojos.

Desde el buque que se alejaba de Bilbao, pasando por frente de Castro, dí mi último adiós á todos; allí en Santa María me parecía ver entre mis lágrimas á mi madre rodeada de mis hermanos, diciéndome adiós con el pañuelo; parecía que los jirones de mi alma quedaban enredados en aquellas montañas; el mar inmenso arrastraba el vaporcillo hacia su centro, y yo, con los ojos fijos en Castro, lo ví borrarse poco á poco, como si desapareciera para siempre de mi vista para meterse dentro de mi alma, muy dentro, de allí donde salían mis lágrimas y mi pena.....

II

MI LLEGADA, CARÁCTER DE MI TÍO Y OTROS PORMENORES

Llegué á Granada una mañana del mes de Marzo. Todo el viaje lo hice recordando aquello que dejaba, y todos los puertos que visité me parecieron tristes é inhabitables. No concebía que aquellas gentes pu-

dieran soportar la vida en aquellas casas y calles que no eran las de Castro; me parecían tristes desterrados á poblaciones muertas, y sentía hacia ellos una compasión desconocida como si tal mereciese el haber nacido fuera de mi pueblo.

Sin embargo, puedo decir que hubo algunos días en que llegué á olvidar mi vida anterior, impresionado por las cosas nuevas que veía. Las poblaciones que fuí conociendo en los diversos puertos en que hizo escala nuestro buque, dejaron en mí la impresión de lo nuevo, algo así como un asomar á otra vida, de la que sólo tenemos ligeras nociones. No se crea que mi ignorancia era tan supina que desconociera la existencia de todo aquello; al contrario, siempre fué mi afición leer y enterarme de cuanto caía entre mis manos; toda la biblioteca del Círculo de Recreo me la tenía tragada en ratos perdidos, que por tratarse de mí eran más que los aprovechados. Allí en la Plazuela, donde tenía asiento el Círculo, bañadas sus paredes por el agua del mar que entraba en el puerto, leí con avidez historias y novelas; releí cuanto han escrito Galdós y Pereda, á quienes, quizás por razones etnológicas, consideraba yo como amigos míos; los dos tenía entendido que vivían en la capital, y puede que, influidos por la misma brisa que yo respiraba, vieran, como yo veía, los asuntos de que trataban. Declaro también que más me entusiasmaban aquellos espíritus que Galdós nos describe, liberales y emprendedores, que los intransigentes de Pereda; mas en lo tocante á sentir la *tierruca* se llevaba éste la palma. Puesto en Madrid, hubiera yo sido un personaje de Galdós; allí, metido en Castro, era un original de Pereda.

Digo todo esto, para que quien lea estas Memorias vaya formándose idea de mi modo de ser y no se llame á engaño si, en el curso de este relato, ve que me desvío algún instante poetizando las cosas de manera quizás impropia de la naturaleza de un montañés criado entre riscos y breñas.

Llegué, como digo al principio de este capítulo, una bella mañana de Marzo; recorrió el tren la rica Vega, donde me esperaba la nueva vida, y pronto, sin darme entera cuenta de cómo pasó, me ví en la estación entre los brazos de mi tío. La poca costumbre de viajar hizo que perdiera de tal modo los sentidos, que, pensando en tanta cosa como veía, no pude precisar ninguna, hasta que, ya metido en un cochecito y éste puesto en marcha, comencé á darme cuenta de lo que tenía delante.

Mi tío me preguntaba con cariño por toda la familia que allá en Castro dejaba; mas impresionado sin duda por los recuerdos que mi presencia agolpaba en su memoria, quedábase distraído, y aprovechando esos momentos del joven que guiaba el coche y que no cesaba de conversar con la jaca, queriendo cambiar de interlocutor, dado el silencio del animal, exclamaba dirigiéndose á mí sin esperar respuesta alguna:

—Eza é la plaza é toro. Eze el hospital de Zan Juan de Dió. ¡Arre, esgalichá, que te voy á jacer porvo! La plazuela de la Triniá. ¡Mardito jaco, mala puñalá te den! La calle las Tabla. ¡Anda, arrastrá. que ahora es cuesta pa bajo! ¡Adiós, tío Remiendo! ¿...? Zí, el zeñorito Pablo. ¡Condiós!

Y así seguía su monólogo, ya dirigiéndose á la jaca, ya á mí, ya á cualquier conocido que pasaba con dirección á Granada.

Mi tío seguía cabizbajo, y yo en situación tan desairada, que no acertaba á despegar los labios, temeroso de decir alguna vaciedad. Sólo el cochero se encargaba deirme explicando los accidentes del terreno, pero de una manera tan especial, que ni siquiera me dirigía la mirada, como si todo el monólogo fuera para la jaca.

—¡Sóo, jaco! El ventorrillo del Olivo; ya no falta más que la mitá del camino pa llegar al cortijo.

Deseando estaba yo llegar y poder hablar despacio con mi tío, explicándole todos los pormenores de mi viaje y tratando de sondear su carácter, ya que su mutismo no se prestaba entonces á observaciones de esa índole.

—Ya ves qué caminos; parecen todo menos lo que son—exclamó dirigiéndose á mí con bondad;—buena diferencia de aquellos caminos reales que os gastáis por aquella tierra. Ten cuidado con ese bache; vete á la izquierda por si acaso.

—Malo es el camino—dije yo por decir algo.

—Pues ahora—añadió el arriero—es un zalón de baile; en cuanto llueve ze pone que ni la golondrina puen pazarlo.

(Continuará.)

Estudios teatrales

NERÓN

Son muchas las concepciones dramáticas sugeridas por la historia de Roma, pues ofrece éste vasto arsenal de inspiración en los acontecimientos extraordinarios que llenan sus páginas.

Los más grandes trágicos y dramaturgos, tanto españoles como extranjeros, han presentado en escena interesantes episodios tomados de la vida de aquel pueblo que ejerciera, durante mucho tiempo, la hegemonía del mundo. Citaremos, entre otros, a Shakespeare, que escribió *Julio César*, *Antonio y Cleopatra* y *Coroliano*; Corneille, autor de *Horacio*, *Cinna* y *Polieucte*; Racine, de *Británico* y de *Berenice*; Alfieri, de *Cleopatra*; Tamayo y Baus, de *Virginia*, y Ventura de la Vega, de *La muerte de César*.

Es la figura de Nerón una de las que más sobresalen en los anales históricos de Roma. Su vida entera, que fué, según Suetonio, una serie de asesinatos, inspirará gran interés, y ha pasado a la posteridad como el prototipo de toda barbarie y de toda fiera. Sus sentimientos inhumanos rara vez saciaban sus sanguinarios apetitos, y desde poco después de empuñar el cetro, empezó a poner en práctica lo depravado de sus instintos. No eran mejor que él la mayor parte de los que le rodeaban. Los delatores se habían constituido en árbitros de la voluntad imperial, y la envenenadora Locusta aparecía como una institución simbólica: la personificación de los procedimientos imperiales. Pero al lado de aquellas figuras siniestras, y á modo de un rayo de luz que entrase en celda tenebrosa, brillaban Lucano y Séneca, los poetas filósofos, que cumplían una misión divina en una época de crueldades inauditas, predicando la dulzura de la clemencia y abrigando ideas muy distintas del estoicismo pagano de una

corte corrompida, pudridero de conciencias y cloaca de vicios...

No se distinguieron, en verdad, los emperadores romanos por la benignidad de su carácter. Salvo alguno que otro, los demás todos se complacían en atormentar á sus pueblos, y hasta la clemencia de Augusto, cantada por Corneille en su *Cinna*, es negada por Séneca cuando le echa en cara las matanzas de Actium, los sacrificios de Perusa y sus proscripciones numerosas.

Fué Nerón, de hijo, el más cruel y desalmado de todos. Su imaginación, puesta al servicio de un corazón abyecto, inventaba mil refinadas sutilezas de inhumanidad, y toda la perspicacia de su ingenio se empleaba en asegurarse, por caminos sinuosos, el éxito de los planes que apetecía, sin que temor alguno ni consideración de ningún género le hicieran desistir en el logro de sus designios.

Racine, en el *Británico*, lo presenta en la primera época de su vida, cuando ocultaba su odio con falsas caricias; cuando, según la frase de Tácito, «*Factus natura velare odium fallacibus blanditiis.*» El envenena á Británico, y luego niega su crimen. «Es un ataque de epilepsia», dice con cinismo, y en la tragedia de Racine exclama, contestando á la acusación de su madre, Agripina:

«Moi! Voila les soupçons dont étes capable il n'est point de malheur dont je ne suis coupable et, si l'on vent, madame, écouter vos discours ma main de Claude meme aura tranché les jours son fils vous etait cher, sa mort peut vous confondre mais de coups du destin je ne puis pas repondre.»

La tragedia de Prieto Cossa, en la que se ha pretendido hacer un estudio psicológico de Nerón, no convence, y se nota en ella cierta confusión y desmayo.

Cavestany ha escogido para su obra el periodo culminante de la época de Nerón, la fase de su vida más llena de interés, en la que tienen lugar el incendio de Roma, la muerte de sus preceptores, la de su misma madre, la persecución de los

cristianos y casi, en fin, los mismos hechos que constituyen también el argumento de la célebre novela, de Henri Sienkiewicz, *¿Quo Vadis?* Ha presentado Cavestany, asimismo, como el novelista polaco, y como Corneille en su *Polinto*, la lucha entre el alma cristiana y el espíritu gentilico del paganismo, entre la inocencia del Evangelio y la liviandad monstruosa de un pueblo corrompido, y ha llenado sus versos brillantes de las máximas del Cristianismo, que vino, según Pascal, á implantar en la tierra el reinado de la caridad, destruyendo la dominación de la fuerza, la desigualdad de los hombres y el envilecimiento de la mujer, que ascendió por la palabra de Cristo de concubina á esposa.

Estriba el mérito principal de la obra de Corneille en una agradable mezcla entre la firmeza del amor divino y la ternura del amor humano, y aunque no iría yo á comparar á Cavestany con Corneille, ni al *Nerón* con *Polinto*, es lo cierto que esa amalgama feliz que caracteriza la tragedia cristiana del autor de *Horacio* resplandece también en la producción estrenada en nuestro clásico coliseo. Y entran tanto los públicos en ese sentimiento religioso, que impregna las obras de un perfume delicado y las engrandece, que el *Polinto*, de Corneille, obtuvo un éxito lisonjero, como lo ha obtenido *Nerón*, y en cambio el *Británico*, de Racine, influido del clasicismo helénico, á pesar del juicio apologético de Boileau, fué recibido con frialdad.

Si fuéramos á hacer caso á Voltaire, muy injusto siempre con cuanto atañe á la religión cristiana, ensalzada, no obstante, en su *Zaira* por boca de Lusignan, habríamos de creer que los mátiros no eran más que fanáticos impasibles, y que por consecuencia este carácter era poco apto para la tragedia que debe basarse en la lucha de las pasiones; pero a mi juicio hay lucha desde el momento que combaten afectos opuestos, y así como se puede admirar—opina un crítico francés—*Athalia*, sin ser judío se puede admirar á Po-



UN MODELO REBELDE



Sargento José Fernández Lombaría y Guardia Eduardo López Álvarez, del puesto de Lugo, que han prestado importantes servicios en aque la demarcación, contándose entre éstos la detención de una cuadrilla de malhechores en la posada del Gallo.

liuto sin ser cristiano. Y quien dice á - oliuto dice á Marciano.

Presentará, á no dudar, *Nerón* semejanzas, analogías y afinidades con otras obras ya conocidas; pero he dicho muchas veces que juzgo imposible la originalidad absoluta. Era sólo el poeta de la antigüedad el que, según la acertada expresión de Tamayo, lo hallaba todo virgen y tenía á su disposición el cielo, el mundo y el infierno...

Hay ciertamente en la producción del Sr. Cavestany algunos anacronismos. Carece de la precisión histórica del *Julio César*, de Shakespeare; pero no son aquéllos de capital importancia; se exceptúa la alusión á las baladas que fué un género poético, importado por los provenzales en el siglo XII.

Nerón esta escrito en versos fluidos y armoniosos. Los descriptivos del último acto pueden competir con los de las más celebradas tragedias. Claro que se notan algunas veces pequeñas, y aun grandes incorrecciones; pero son tantas las bellezas, que ante éstas no se perciben aquéllas.

Por lo que merece censuras el Sr. Cavestany es por el Séneca que presenta en *Nerón*. Más que á Séneca, cuando hace sus gedeónicas observaciones, nos recuerda al «Paquito» de *El loco Dios*.

Ha querido, sin duda, el Sr. Cavestany presentar un cuadro de la corte romana y de las crueldades de Nerón, ayudándose poderosamente de las artes plásticas y contando con el talento de los actores que habían de interpretar su pensamiento. A mi juicio ha conseguido por entero su propósito.

Y ahora que he hablado de las crueldades de Nerón, se me vienen á la memoria unos hermosos versos de Quevedo, en que se defiende donosamente al emperador romano. No resisto á la tentación de terminar estos deshilvanados renglones, copiando algunas de sus estrofas:

«Dicen que forzó doncellas;
mas de ningún modo creo
que él encontró con alguna,
ni que ellas se resistieron.
Quisole Sultonio mal,
pues le llamó deshonesto
porque adoraba á su madre,
siendo obligación hacerlo.
Nótale de que comía

sin cesar un día entero,
y es pecado que á la sarna
pudiera imputar lo mesmo.

Mató Nerón muchos hombres;
mas son los que el sol ha muerto,
y llámanle hermoso á él
y á este otro le llaman fiero.

Gustó de quemar en Roma
tanto edificio soberbio,
dejando así castigada
la soberbia por ejemplo.

Si á Séneca dió la muerte,
siendo su docto maestro,
hizo lo que una terciana
sin culpa pudo haber hecho.

Quitó á Lucano la vida;
mas no le agravió por eso,
cuando inmortal le acredite
con la gloria de sus versos.»

Práxedes Zancada

¡¡EL 5.000 PELADO!!

(CUENTO DE NAVIDAD)

¡ El 5.000 ! ¡ Qué bonito número ! Allí estaba el billete entero, en el fondo del escaparate de la Administración de Loterías, y Emilio le contemplaba, sintiendo vivísimos deseos de comprarle.

Le agradó tanto, que aun á trueque de que la usura asomara su rostro por la casa del jugador, entró el empleado resueltamente, y depositando en el mostrador las 1.000 pesetas que costaba el billete, pidió Emilio al lotero:

— ¡ El 5.000 pelao !

Desde que tuvo en su poder el número codiciado no pudo dormir tranquilamente, pensando en el empleo que daría al dinero ganado por la fortuna caprichosa. Podía favorecerle, y por uno de esos azares inexplicables vertió á manas llenas cuanto suerte llevaba escondida en su legendario cuerno de la abundancia.

Emilio era el único poseedor del *aordo*. Uno de los niños del Hospicio, un desgraciado ser encargado de sacar las bolas en el sorteo, cogiendo una, gritó con su vocecilla anémica: « El 5.000 », y el

otro niño, compañero de infortunio, le imitó, diciendo: « Cinco millones de pesetas ».

Un movimiento de impaciencia se produjo en el público. La mayor parte de los espectadores salieron á la calle, unos en dirección al telégrafo, otros á las sucursales telegráficas; todos á esparcir por fuera sus conjeturas más ó menos probables, al afirmar que había caído en la capital el primer premio... Caballos, coches, bicicletas, cuantos medios de locomoción terrestre se conocen, fueron usados, al salir de la Casa de la Moneda, por los reporters y chicos de la prensa.

Los periódicos publicaron el retrato del agraciado y el nombre, vida é historia de Emilio Suerte, quien se hallaba admirado de su buen apellido. Reía, lloraba y no se daba punto de reposo, abrazando á sus nuevos conocidos, los amigos del triunfo...

Preguntó el nombre de los hospicianos que le dieron la fortuna. Supo que quien había sacado su número se llamaba Lucas San José, y el cinco veces millonario, con una esplendidez incomparable á las celeberrimas bodas de Camacho, entregó al huérfano diez pesetas, saliendo orgulloso Emilio de aquella mansión de caridad, donde se educan esas colillas del amor del vicio, depositadas en el torno de una Inclusa.

II

Nadie reconocía al Emilio de antes. El lujo relevó á la miseria. El desgraciado empleadillo convirtiéndose en *sporment* pletórico de riquezas; guiaba troneos comprados á Paul Poche, jugaba al Polo, dirigía automóviles como pudiera hacerlo el más aventajado *chaffeur*, figurando, en fin, en el *grand monde* madrileño, que, cual todos, recoge en su seno al que gasta y triunfa, sin tomarse jamás la molestia de indagar el origen de las posiciones envidiables.

Llegó un día de carreras de caballos. La Sociedad de Fomento celebraba la primera reunión de primavera. El día estaba hermoso. Un sol de fuegos y luces; el de Madrid bañaba con su tibia atmósfera el ancho paseo de la Castellana; los falsos plátanos, que á derecha é izquierda en filas paralelas le adornan, proyectaban su sombra en el centro de las espaciosas avenidas.

De prisa, muy de prisa pasaban los altos *maills*, coronados de ramilletes femeniles, que desde sus altos asientos lucían los colorines de sus vestidos vaporosos. Detrás, contrastando ridículamente en tamaño y lujo, iba una *charrette* guiada por un joven imberbe, que ostentaba en su chaquet claro el billete de socio del Fomento de la Cría Caballar. Elegantes landeaux, algún que otro *Pitter*, sociables, berlinas y las clásicas manuelas de alquiler, se acercaban ó se paraban con riesgo de atropellarse, por llegar á tiempo al Hipódromo antes de que el *stearter* diera la señal para la primera carrera.

III

Larga fila de hospicianos paseaban de dos en dos; quisieron atravesar de acera á acera, sorteando el paso de los coches; casi todos los niños habían cruzado, y al intentar imitarlos un compañero, no pudo conseguir su propósito, porque cierto *maill-coack*, tirado por cuatro excelentes potros andaluces, le atropelló, causando la fractura conminuta de ambas piernas...

Una pareja de guardias se acercó al que guiaba, quien entregando la tarjeta con las señas de su casa, quedó en libertad... Emilio Suerte, el millonario, preguntó por la víctima. ¿Cómo se llama ese chico?

Y un compañero de infortunio le respondió:

— ¡ Lucas San José !

— ¿ Lucas ? ¿ Lucas San José ? — repitió mentalmente aquel señor. — ¿ De qué me suena ese nombre ? ¡ Ba ! ¡ ¡ No lo recuerdo ! ! — dijo — y dando un fustazo á los caballos se alejó el coche de carreras, ensordeciendo con atronadores toques de trompetas largas, muy largas...

F. PELÁEZ MASPONS.

Menudencias

Han fundado los viejos un periódico y le han intitulado *Gente Vieja*; ahora la juventud, por no ser menos, desea demostrar que hay gente nueva, fundando á toda prisa un semanario capaz de hacer al otro competencia. Los de mediana edad no se resignan á vivir en el Limbo, y ya se aprestan á fundar á su vez otro periódico que habrá de titularse *La Edad Media*. Como la emulación cunde aquí pronto, vendrá luego *La gente de coleta*, y la de poco pelo y la gentuza, que es la que bulle más en esta tierra. A mí me satisface que el *gentío* se lance con ardor á la palestra á ver si surge al fin la gente útil, la gente que á los pueblos regenera, la que gritando poco avanza mucho, la que sabe liarse á la cabeza la manta cuando el caso lo requiere, la que no ha hipotecado la vergüenza, esa que siente frío por la espalda cuando ve de la patria las banderas, que jamás retrocede ante el peligro y contesta á la guerra con la guerra. Habrá quien me pregunte: «¿Qué invasores hacen precisa semejante arenga? ¿Dónde está el capitán que con sus huestes amenaza la patria independencia? El caso de luchar, aún no ha llegado.» Yo les contestaré: Bueno, ¡y si llega!

* * *

Dan arroz á Blasco Ibáñez, dan arroz á don Alberto, otro arroz tiene ofrecido con exquisitos cangrejos á don Práxedes, Gamazo, mas aquél dice: no acepto, porque en vez de caminar veloz hacia el presupuesto retrocederé, y yo nunca cuando parto retrocedo. Que ofrezca usted ese arroz á Dato y Silvela, bueno. ¡Pero ofrecérmelo á mí! Te veo Germán, te veo. Me río de tus arroces, me río de tus cangrejos, y te voy á demostrar, pues no otra cosa deseo, que te puedo convertir cuando quiera en arro-cero.

* * *

Señor don Juan Antonio Cavestany: Nunca tuve el honor de cruzar mi palabra con la suya para decirle ¡adiós! Pero usted es poeta, yo hago versos; y aunque per-versos son, me gusta defender la poesía con sin igual ardor. Y como sé muy bien que ciertas gentes detestan á *Nerón*, deseo hacer llegar á sus oídos el eco de mi voz para que tome usted sus precauciones, pues hasta mí llegó la especie de que varios silvelistas, con intención feraz, se proponen silbarle, sin cuidarse de que fué emperador. ¿Y sabe usted por qué? pues porque dicen que eso es una alusión. Una alusión ¿ó qué? dirá usted al punto. Eso pregunto yo. ¿Si será por Pidal que va á ir á Roma? —No pasa de Mahón. ¿Si será por el hombre de la daga? —La daga se melló. ¿Si lo dirán por Eduardo Dato? —Preguntaré á Moyrón. ¿Será por don Raimundo? Yo sospecho... —¡Calumnia más atroz! ¡Don Raimundo, que tiene una sonrisa y un gesto seductor; don Raimundo, que á nadie le habla fuerte, cuya conversación es reposada, dulce, insinuante, que á ningún orador le ha tirado jamás la campanilla, pues está en su sillón impávido, tranquilo, sonriente, brindando paz y amor; don Raimundo, que todo lo preside con cara de arrebol! Nadie le aludirá.—Pues renunciemos á la averiguación.

VINAGRILLO.

Crónicas de "sport,"

Desde el próximo número empezaremos á publicar, con este título, una sección ilustrada con grabados.

Dedicaremos con preferencia nuestra atención al *sport* velocipédico, dando cuenta de cuanto interesante ocurra para todos los aficionados á diversión tan escogida.

Esperamos que esta sección será bien recibida por el público.

TEATROS

REAL

Admirablemente fué cantada y representada en el regio coliseo la ópera «Aida». Tanto la señorita Carrera, como los Sres. Biel y Blanchart, rayaron á gran altura, siendo ovacionados por la concurrencia. De «Tosca», ópera de Puchini, que se ha estrenado el sábado último, hablaremos extensamente en el número próximo.

ESPAÑOL

En otro lugar hablamos del «Nerón», como producción literaria. La ejecución fué excelente. La señora Guerrero tuvo momentos en que electrizó á la concurrencia y trabajó toda la noche admirablemente, de un modo superior á todo elogio. El señor Mendoza, en su papel de «Nerón», estuvo inimitable. Merecen sinceros aplausos los Sres. Perrín, Calvo y Amato, y en general, toda la compañía.

El vestuario, riquísimo, y la «mise en scene» deslumbradora. Todas las decoraciones son preciosas y los trajes llaman poderosamente la atención por su gusto y esplendidez.

* * *

Los aplaudidos autores Sres. Alvarez Quintero han entregado á la compañía del Español un drama en un acto titulado *La pena*. También han escrito un sainete en un acto para la de Lara titulado *La azotea*.

De las dos producciones tenemos las mejores noticias y creemos han de proporcionar honra y provecho á tan celebrados y eximios literatos.

COMEDIA

«Zazá», vertido al castellano, no ha producido el entusiasmo que la empresa esperaba, y no es porque esta haya omitido gasto alguno para presentar la obra dignamente, sino que el público es tornadizo y lo que aplaudió en italiano ó en francés, le disgusta en español.

Acusar la obra de inmoral ó pecaminosa cuando ha perdido mucho de sus crudezas, y haberla celebrado cuando fué interpretada en idioma extranjero, nos parece una contradicción y una muestra palpable de la deficiencia intelectual de la generalidad del público.

La señora Pino—digan lo que quieran algunos críticos—hace su papel con mucho gracejo y sentimiento, demostrando sus excepcionales condiciones de actriz.

García Ortega, también estuvo muy acertado en la ejecución de la obra.

Luis de la Villa.

Pasatiempos

Jeroglífico remitido por Pepín Corralín:

5 K

* * *

Tarjeta remitida por José Malgrava:

Luisa Coral Lincón

TIANA

* * *

Carta enigma remitida por José Malgrava:

Baldomero: Mañana salgo para la capital dicha; espero que me dirás cómo sigue tu hermano, también nombrado; tuyo,

PEPE.

BUZÓN

Merluzón.—¿Y para hacer esas charadas ha echado usted el resto?

Pues si ha echado usted el resto, yo he echado las charadas en el cesto.

José Malgrava y Grot.—Como verá, trato de complacerle, y procure no hacer muchos pasatiempos, que más vale poco y bueno, que...

El noy de la piporrada,

Mi siempre querido noy, eso no es una charada; eso es una piporrada, conque dispensa por hoy.

Tout á vous.—Esta vez le ha salido un poquito desigual.

Pepín Corralín.—Complacido.

* * *

Solución á los pasatiempos del número anterior:

Al jeroglífico, ANOTADO.

A la charada, GOLETA.

CASIOPIA

Polvos Dentífricos de Botot

Eau de Botot



PARA SER BELLA no solo es menester conservar el cutis fresco; es preciso también cuidar todos los días la tez del rostro y de las manos. El mejor producto para este uso es la Crema Simón, cuyos cuarenta años de éxito han consagrado su valor higiénico. Con este excelente producto, no deben emplearse otros polvos de arroz más que los de Simón, á la violeta ó al heliotropo.

Medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900.

MEMORIAS DE GORON

RAVACHOL

Acaba de aparecer este cuarto tomo de la sensacional obra del famoso jefe de policía de París.

Traducción de RICARDO VINUESA

Ilustraciones de ROJAS

También se ha puesto á la venta la TERCERA EDICIÓN del primero, segundo y tercer tomo.

Precio del volumen: TRES PESETAS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos. Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Váridos, Congestion, etc. Dosis ordinaria: 1 á 3 granos. Nota: en cada caja. Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABR. CANTES. París, Farmacia Leroy y principales P^{as}.

La Ilustración Nacional

MILICIA, ARTES, INDUSTRIA, MODAS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA

Trimestre.....	4,50 pesetas.
Semestre.....	9 »
Un año.....	18 »

EXTRANJERO

Semestre.....	12 »
Un año.....	24 »

Compuesto en las máquinas LINOTYPE

ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31

Emulsión Nadal (ES LA MEJOR Y MAS AGRA-DABLE) Con 80 por 100 aceite higa-do bacalao y glicerosfosfatos é hipofos-fitos. La recomienda Colegio Médico de Barcelona; analizada por el DR. BONET, Catedrático de la Facultad de Farmacia de Madrid. Cura la **tos, catarros, bronquitis, tisis, escrófulas, linfatismo, raquitismo, debilidad, dolores, diabetes, etc.** Alimento, golosina, medicamento tónico; estimula el desarrollo físico, el crecimiento de los huesos y salida de los dientes; **indispensable** á las embarazadas y niños; aumenta la secreción de la leche y el vigor. Crema fluida, blanquísima é inalterable.—De venta en las farmacias.

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficia-les de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

A partir del mes de Noviembre de 1899 quedaron organizados en la si-guiente forma:

Dos expediciones mensuales á Cuba y Méjico, una del Norte y otra del Mediterráneo.

Una expedición mensual á Centro América.

Una expedición mensual al Río de la Plata.

Una expedición mensual al Brasil con prolongación al Pacífico.

Trece expediciones anuales á Filipinas.

Una expedición mensual á Canarias.

Seis expediciones anuales á Fernando Poo.

156 expediciones anuales entre Cádiz y Tanger con prolongación á Alge-ciras y Gibraltar.

Las fechas y escalas se anunciarán oportunamente.

Para más informes, acúdase á los Agentes de la Compañía.

El Anuario de la Exportación

PARA 1901

(4.º AÑO DE SU PUBLICACIÓN)

Recomendado por Reales órdenes de los Ministerios de Estado y Hacienda, es el más importante de España porque contiene 450.000 señas comerciales de casi todas las naciones de Europa (entre las que merece citarse España por la extensión y exactitud de sus direcciones) y toda la América; Aranceles de Aduanas de dichas naciones; tarifas internacionales de transportes, información para el desarrollo comercial, estadísticas, etc., etc.; inserta **gratuitamente** las señas de todo comerciante, industrial, empleado, propietario, profesor, abogado, notario, procurador, arquitecto, médico, etc., que lo solicite. Precio del **anuario** por suscripción: En Barcelona, 10 pesetas; fuera de Barcelona, 12 pesetas.—Pidanse las tarifas de anuncios.

Paseo de Isabel II, número 8 y calle Llauder, número 1

CALLIFLORE FLOR de BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro. En la **Perfumería Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, París** y en las seis **Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.**

Pate Agnel—Amidalina y Glicerina

Este excelente Cosmético **blanquea y suaviza la piel** y la preserva de **cortaduras, irritaciones, picazones**, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez, y transparencia á las uñas.

En la **Perfumería Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra**, y en las seis **Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.**

VELUTINA FLORA, SIN BISMUTO

Es un polvo impalpable é invisible para el ojo más perspicaz, que blanquea y suaviza el cutis como el que más. Está preparado por la casa de **Dorin, París**, para la **Perfumería Frera**, y como todos los artículos preparados por dicha casa, están aprobados por la **Academia de Medicina de París**.

DEPÓSITO: PERFUMERIA FRERA, CARMEN, 1

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.
EMPLEAR
los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ
CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON
PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS DEL MUNDO
Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapices de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado.

Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SAS- trería de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZ- quez. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFEC- tos que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

LA HURÍ.—CORSES DE LUJO Y económicos.—Alcalá, 4.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el **CABELLO** y la **BARBA**, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces VIUDA DE CUNILL

Paseo de Arenal, 38.—MADRID

LIBRO UTILÍSIMO

Hemos recibido el *Manual del aspirante á cabo de infantería del Cuerpo de Carabineros*, que con gran aceptación empezó á publicarse en Septiembre del año anterior, en folletín, por el *Progreso Militar*.

El libro es de suma utilidad, pues en unas 260 páginas están comprendidas, por papeletas, todas las asignaturas que, con arreglo á programa, deben estudiarse para presentarse á examen en las Comandancias, evitándose con ello los gastos que reporta la forzosa adquisición de las muchas obras que para el caso se necesitan, además de lo fácil que se hace el estudio en la forma metódica en que aquél está escrito.

Sólo lo antes expuesto da á comprender el carácter de la obra, no siendo necesario hacer de ella elogio alguno, pues su utilidad se ve en el beneficio que produce á la clase á que está destinada.

Se halla de venta en la administración del *Progreso Militar* al precio de dos pesetas, con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores á dicho periódico. Los pedidos pueden también hacerse al autor, Isidoro Moreno, Comandancia de Carabineros de Algeciras.